



HISTORIA

Biblia y traducción (45): «Se holgaba haciendo halagos con su cola»

Por Juan Gabriel López Guix

«Entonces el perro, que había ido con ellos en el viage, se adelantó corriendo: y como mensajero que viene, se holgaba haciendo halagos con su cola». El fragmento corresponde a Tobías 11:9 en la segunda edición (1795) de la versión de Scío de San Miguel. Tanto la Biblia de Scío como unas décadas más tarde la de Torres Amat (las primeras que pudieron publicarse en lengua vernácula dentro de la ortodoxia católica en España), siguen el texto de la Vulgata, y ese gesto de alegría canina procede directamente del texto jeronimiano («blandimento suæ caudæ gaudebat»). Por influencia de la Vulgata, el fragmento apareció también (entre corchetes) en la Biblia de Oso (1569) de Casiodoro de Reina y la Biblia del Cántaro (1602), la revisión publicada por Cipriano de Valera, pero se eliminó en ediciones protestantes posteriores. Existen manuscritos más o menos coincidentes, de diferentes épocas y en diferentes lenguas, pero carecemos del original arameo a partir del cual Jerónimo tradujo (en un día, según sus propias palabras) el texto.

En la Biblia de Cantera-Iglesias, Natalio Fernández Marcos resume su contenido del siguiente modo:

El libro de Tobit cuenta la historia de un judío piadoso que vive en Nínive en tiempos de la deportación, se ha quedado ciego y ha caído en desgracia. En Ecbatana su pariente Ragüel tiene una hija, Sara, que ha visto morir sucesivamente a sus siete maridos en la noche de bodas por culpa del demonio Asmodeo. Tobit y Sara piden a Dios verse libres de semejante angustia. Dios escucha su oración y envía a su ángel Rafael, quien conduce a Tobías, hijo de Tobit, hasta la casa de Ragüel, le hace desposar a Sara y le indica el remedio con el que curará la ceguera de su padre.

Con semejante argumento digno de *Las mil y una noches*, quizá no resulte difícil de comprender que el libro de Tobías (o Tobit), cuya redacción se data en los siglos III-II a. e. c., pertenezca al grupo de libros deuterocanónicos o apócrifos. Además, Tobías realiza su viaje acompañado por un simpático perro. El can aparece en dos ocasiones, al inicio y al final del viaje; y, en la segunda, en las versiones citadas, meneaba la cola henchido de satisfacción por estar de vuelta en casa.

Los perros aparecen en diversos lugares del Tanaj/Antiguo Testamento; por lo general, como seres carroñeros (1 Reyes 14:11, Jeremías 15:3) o despreciables (2 Samuel 16:9, Proverbios 26:11) y, con menor frecuencia —reflejo de un estadio superior de las relaciones humano-caninas—, como guardianes del ganado (Job 30:1) o de las propiedades (Isaías 56:10). Sin embargo, la mención al perro como mascota doméstica sólo aparece en las versiones seguidoras de Jerónimo. Este detalle —y otros más— han permitido conjeturar en el relato una influencia de la *Odisea*, donde se describe idéntico gesto de felicidad en el fiel Argos por el regreso de Ulises. Nos encontraríamos ante una utilización de narraciones populares orientales (*Sabiduría de Ahiqar*, la fábula contenida en la Estela de Bentresh, la leyenda de *El muerto agradecido* y el cuento *La novia del monstruo*) reelaboradas al gusto helenista.

Aunque el tenor del libro de Tobías (y el hecho de no contar con un original en hebreo) motivó la exclusión del libro del canon judío y protestante, la exégesis católica lo reconoció como inspirado e insistió en el detalle de la cola felizmente agitada como prueba de la grandeza de la Creación.

En 1731, Luis Antonio de Mergelina y Muñoz escribió un pequeño tratado titulado *Memorial en que el perro de Tobías representa sus derechos, y los de su pobre cola á los Sabios, expressando sus quejas, con los que han desestimado las expresiones que de él haze la Sagrada Historia, descubriendo sus misteriosas significaciones en el sentido Alegórico*. Y, a finales de ese mismo siglo, Scío de San Miguel escribió contra aquellos a quienes el detalle parecía «de poca monta»:

Si no es indigno de la magestad de la Escritura, quando nos pone á la vista las maravillas del Señor, hablar de las avecitas, que en medio de los árboles rompen el ayre con sus cantos, y fabrican en ellos sus preciosos nidos; ¿por qué lo ha de ser, atendidas todas las circunstancias, que aquí se refieren, pintar los movimientos y caricias de un animalito, en quien quiso el Criador ponernos delante un simbolo admirable de la fidelidad?

Y es que, a lo largo de los numerosos siglos de controversias religiosas suscitadas por la interpretación del Libro, mostrarse escéptico ante el agitar de la cola de ese alegre perrito tan amorosamente representado en el arte occidental (por Rembrandt o el Verrochio, entre muchos otros) y «traducido» quizá del canto XVII de la *Odisea*, bordeó la herejía, puesto que negando su autenticidad se negaba que la Biblia fuera toda ella, de cabo a rabo, un libro

inspirado.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)

Centro Virtual Cervantes © Instituto Cervantes, 1997-20171997-2017. Reservados todos los derechos. cvc@cervantes.es

El Instituto Cervantes utiliza cookies propias y de terceros para facilitar, mejorar y optimizar la experiencia del usuario, por motivos de seguridad, y para conocer sus hábitos de navegación. Recuerde que, al utilizar sus servicios, acepta [su aviso legal](#) y su [política de cookies](#).